

## ENFRENTANDO EL DOLOR

Motivado por el deseo de ayudar a enfrentar el sufrimiento, de muchos salvadoreños que en estos días han sufrido tanto, he sentido en mi corazón exponer a la luz de las Sagradas Escrituras como poder enfrentar el dolor. La mente de la persona que sufre, gira continuamente alrededor del sufrimiento. Es como si los que sufren no pudieran ver nada que no sea su propio dolor.

Mi primer consejo para alguien que sufre sería el siguiente: "Expresa su sufrimiento con palabras". Muchos inicialmente se sorprenden de que Dios en realidad anime a los que sufren a hablarle con toda sinceridad. Los que sufren suelen sentirse solos y aislados. A menudo creen que Dios está muy lejos de ellos. Pero Dios penetra ese aislamiento y nos insta a expresar verbalmente nuestras experiencias de dolor. No se refiere a expresarlo de cualquier manera. No se refiere a palabras amargas y sin fe. Tampoco a lamentos paganos en un mundo sin sentido. Dios nos anima a dirigirle a Él nuestras palabras, a expresar verbalmente los lamentos de nuestro corazón. Aunque resulta difícil de entender, Dios desea oír lo que hay en las profundidades de nuestro corazón. Y cuando no podemos expresarnos ante Dios, Él nos da palabras para verbalizar esos silencios. Los gemidos mudos se convierten en oraciones. Sin embargo, existe el lamento malo y el lamento bueno. El malo es el clamor de alguien que no reconoce quién es Dios. Es el llanto del corazón egoísta que dice: "Debes satisfacer mis necesidades", un llanto donde la preocupación máxima no es la gloria de Dios sino el alivio del sufrimiento. El lamento malo no cree en las promesas de Dios sino que gime y se enfurece contra Dios.

El lamento bueno pregunta: "¿Por qué me has abandonado?", pues hay conocimiento de Dios. Este lamento viene de un corazón que conoce a Dios y conoce sus promesas, y que está desconcertado porque Dios parece estar lejos. Los lamentos buenos son los clamores de fe ligados a un deseo de conocer a Dios. Son lamentos y apelaciones ante Dios, no contra Dios. Tal es el caso del lamento de David en el salmo 22, en el cual expresó: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día, y no respondes; clamo de noche, y no hay sosiego para mí." Tal parecería que es un reclamo de alguien desconsolado y sin esperanza, pero en el versículo 3 encontramos la siguiente proclamación: "Pero tú eres santo. ¡Tú, que habitas entre las alabanzas de Israel!" David expresó con toda libertad y confianza al Dios a quien conocía íntimamente su dolor. Desahogó su corazón. Pero al mismo tiempo reconoció que Dios es Santo y que en Él no hay error, ni despropósito alguno. El lamento bueno siempre va acompañado de Fe.

Un segundo consejo sería el comparar nuestro dolor con el de alguien que haya sufrido más que nosotros. ¿Habrás notado que el sufrimiento es menor cuando estamos cerca de alguien cuyo sufrimiento es más grande que el propio, de tal

manera que el dolor propio se vuelve insignificante? Esto es lo que sucede cuando consideramos los sufrimientos de Cristo Jesús. La Palabra de Dios nos dice: “El fue oprimido y afligido, pero no abrió su boca. Como un cordero, fue llevado al matadero; y como una oveja que enmudece delante de sus esquiladores, tampoco él abrió su boca.” Dios no promete eliminar el sufrimiento, pero al hacer notar su propio sufrimiento nos recuerda que no vivimos ante un Dios insensible que está distante de sus criaturas.

Un tercer consejo sería: “Eclipsar el sufrimiento.” No podemos evitar el sufrimiento, pero si lo podemos eclipsar. Los salvadoreños recordamos aquel eclipse total de sol que nos dejó a oscuras al mediodía. Cuando tenemos un encuentro personal con Jesucristo y El se revela a nuestros corazones como el todo de nuestras vidas, Cristo llena de tal manera nuestros corazones que nos capacita para enfrentar las distintas adversidades viéndole a El. En días pasados a un querido consiervo le diagnosticaron cáncer prostático avanzado, pero para sorpresa nuestra y del médico que le atendió, él expresó: “Hace 23 años que le entregué mi vida a Jesucristo y El puede hacer con ella lo que mejor le plazca. El tiene el poder para sanarme o para llevarme”. Enfrentando aquella noticia lleno de una fortaleza sobrenatural me dijo también: “A veces me vienen pensamientos negativos, pero yo los rechazo alzando mis ojos al Señor Jesucristo”.

Estoy convencido de que si cada salvadoreño pudiera eclipsar el sufrimiento fijando su vista en el Señor Jesucristo, podríamos enfrentar todo tipo de adversidades y en medio de las mayores dificultades ser “más que vencedores por medio de aquel que nos amó.”

René Mejía Vides

[www.cimientoestable.org](http://www.cimientoestable.org)